

Don Felipe

[HOY, 8 de marzo de 1956]

Cuando en una dorada tarde del pasado otoño oímos cantar a unas niñas la canción de corro que llora la muerte de Mercedes de Orleans, nos acordábamos indefectiblemente de don Felipe Solís y Campuzano; de don Felipe Solís ya senil con su bigote y perilla blancos llevando sobre sí una buena carga de años y recuerdos. Las niñas -¿recordáis?- jugaban y cantaban en la plazuela de la ermita; hasta esta plazuela sube ancha y recta, una calle desde la que se ven, allá enfrente, unos recuestos suaves, bermejotes, en que hay, acá y allá, cuadros verdes de sembradura; esta calle se llama de Don Felipe Solís; en el comedio de ella, en una casa grande, vivió este señor. Tenía entonces en el pueblo un puesto de relieve, una significación en que convergían las miradas de muchos vecinos, de los labradores, de los pelantrines, de los senareros; tenía además su persona una estela de musitado misterio... Había venido de fuera a ocupar el cargo de administrador de la casa y estados de duque de Medinaceli y de Santisteban, dueño en propiedad de extendida dehesas, propincuas a la villa; dueño, jurisdiccionalmente, de todo su término, que a él debía de pagar el noveno de las cosechas. Aforaban estas, en los predios, en las hacinas, en las parvas, los monteneros, empleados del duque, diestros en calcular, a ojo de buen cubero, las fanegas de grano recolectadas. Las tierras se cultivaban en aquella época, esta es la verdad, con arados rústicos, con aperos endeble, con poquísimo estiércol, sin ningún abono; Las cosechas subsiguientes resultaban escasas, míseras, y si la temperie era de sequía, entonces resultaban ruinosas. Así, al menos, lo proclama tal cual documento. Se lo exponía al duque, en 1832, don Juan Meleno, presbítero de la villa y capellán de su excelencia; lo aducía pocos años después el Concejo de la reina regente, madre de Isabel II, suplicando el perdón de la mitad de las contribuciones, y ante el señor Obispo, solicitando la retención de 110 fanegas de trigo del diezmo para empanar los barbechos. Tenía, pues, el administrador que ser comprensivo, condescendiente, liberal, y Don Felipe, que velaba, desde luego, por los intereses de su señor, era a la par querido en el medio rural; la gente le saludaba respetuosamente, con simpatía; la balanza de su actuación se mantenía en difícil equilibrio entre unos y otros, produciendo esa moderada, esa preciosa resultante que llamamos equidad.

Pero, ¿y qué relación, qué concomitancia hay entre el romance de la reina Mercedes y el recuerdo de don Felipe Solís? Lo diremos... Diremos que este señor fue ayudante del infante de España, don Antonio de Orleans, padre de la malograda reina, muerta en la flor de la juventud, cuando apenas habían transcurrido cinco meses de su subida al trono; diremos que ese señor conoció, desde pequeña, a la infanta Mercedes. Como ayudante del duque, estuvo adherido a los hechos faustos, a los hechos infaustos, a las penas y a las alegrías de la regia familia. Montpensier, hombre activo, hombre ambicioso, había concebido la idea de llegar a ser rey consorte si, destronada Isabel II, fuera proclamada reina su hermana María Luisa. Ello le impulsó a empujar un poquito, con sus intrigas, con su dinero, con su prensa, a la tambaleante Isabel. Se avistó con éste, escribió a aquél, fue, vino, dio y prometió lo necesario a sus fines. No hizo, naturalmente, todo eso en persona; sus ayudantes, el coronel Velarde, el

teniente coronel solís, bulleron en el torbellino de idas y venidas, dimes y diretes, de esa fase turbulenta, inestable, de la política española.

Figuras como Narváez, González bravo, generales Prim y Serrano, el brigadier Topete, el duque de Montpensier, unos desde el Poder y otros en la oposición, forcejearon, ya solapada, ya abierta, ardorosamente, por hacer prevalecer sus ideologías, hasta que en septiembre de 1868 los errores de unos y las conjuras de otros, dieron al traste con el trono de Isabel II. Fue el momento oportuno para que el duque francés presentara su demanda ante los jefes militares de la revolución triunfante, uno de los cuales, Serrano, había admitido de él la bonita suma, entonces fabulosa, de tres millones de reales para contribuir a los gastos del pronunciamiento. Desterrado a la sazón en Portugal, comisionó a su ayudante Solís para que se presentase al más caracterizado, al general Prim, “hombre extremadamente soberbio, generoso y decidido”, quién rechazó la ayuda que se le ofrecía y, desde luego, la proclamación de los infantes, asunto que se decidió someterlo a la resolución de las Cortes. Esta dilación, este salirse por la tangente, desazona al duque; tiene Montpensier sus opuestos, sus enemigos, que trabajan incansablemente en contra de su candidatura; son momentos de incertidumbre, de actividad, de conjuras para los montpensieristas, quienes finalmente ven proclamado rey al duque de Aosta, Amadeo de Saboya, príncipe entronizado con el decidido apoyo del conde de Reus. No logró éste, empero, ver coronada su obra; en la madrileña calle del Turco una trágica asechanza cortó su vida y abrió para la Historia una cerrada interrogante. La muerte del inteligente y valeroso marqués de los Castillejos quedó tras de sí una estela de sospechas, de acusaciones, de procesos inconclusos, sobreseídos; el enigma cayó sobre determinadas agrupaciones políticas, sobre ciertas personas que pudieran estar interesadas en la eliminación del general Prim...

En 1888 don Felipe se encuentra ya en nuestro pueblo al frente de los estados del duque de Medinaceli, del duque de Feria; es ya viejecito, pero conserva aún la bizarría, la antigua apostura mílite; viste sencillo atuendo seglar; sólo de raro en raro se pone el vistoso uniforme de coronel. Y todavía, de cuando en cuando, para girar visitas a la hacienda que le está encomendada, monta a caballo; los vecinos le miran pasar con respeto, con admiración; una aureola de bondad rodea a su persona. Es atento, cortés con los pudientes, liberal con los humildes, amable con los niños. A su paso la grey infantil clama con pedigüeña cantinela : “Don Felipe, deme usted confite”, y él, provisto de menudas golosinas, tiene siempre para el mocosuelo de turno una dádiva y una reconvencción o una sonrisa. Para Lorenza –su joven cocinera, nuestra vieja cocinera- don Felipe era un gran hombre. Pasito a paso, arrastrando los pies, porque es muy viejecita, llega ahora aquí, ante nosotros, Lorenza. Trae de la mano como siempre, como casi siempre, un plato humeante, recién aderezado. - Lorenza - le decimos- esto huele muy bien; esto debe estar rico. Y Lorenza sonrío complacida por este elogio.

- Lorenza – hemos dicho después – aquí estamos escribiendo unas cosillas sobre Don Felipe, cuente usted algo de él.

- ¿Y qué voy a contarle? Yo no recuerdo nada, yo no sé nada. Lo que yo le cuente a usted no tiene importancia... Verá... Por esta época, me decía el amo: “Lorenza, ten dispuesta la miel, porque es el tiempo en que se pondrán malos todos los burros del

pueblo”...

Y nosotros sabemos –porque nos lo ha explicado muchas veces la anciana criada– que en este aviso, que en esta prevención, en que late una fina, una profunda ironía, había una noble comprensión, un generoso desprendimiento. Por esta época – por las carnestolendas – se acostumbraba en el pueblo a elaborar dulces, dulces caseros, edulcorados con miel, y los pestiños, los tirabuzones, las flores, henchían las panzudas orzas para almibarar los paladares. En los hogares humildes, de economía austera, de placeres limitados, esto no podía hacerse, esto parecía un dispendio, pero... en las propiedades del duque, en Santa Justa, en Dehesa Yeguas, en el Chaparral, había numerosos abejares que proveían, claro está, de miel la despensa de don Felipe. Y a su casa se iba a pedir miel para el borrico, “que se ha puesto malo”.